

SIGUIENDO LA RUTA EMPREN-
DIDA PARA AGRADECER A SUS
NUMEROSOS LECTORES LA
CONSTANTE BUENA ACOGIDA
QUE LE DISPENSAN

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

PREPARA PARA EN BREVE

¡El mayor aconte-
cimiento del año!

¡ALGO QUE SORPRENDERÁ
A TODOS!

¡EN BREVE!

IMPORTANTE

Estamos reimprimiendo todos los números
agotados por lo que nuestros lectores que de-
seen completar sus colecciones pueden pedir
los números que les falten en todos los kioscos.

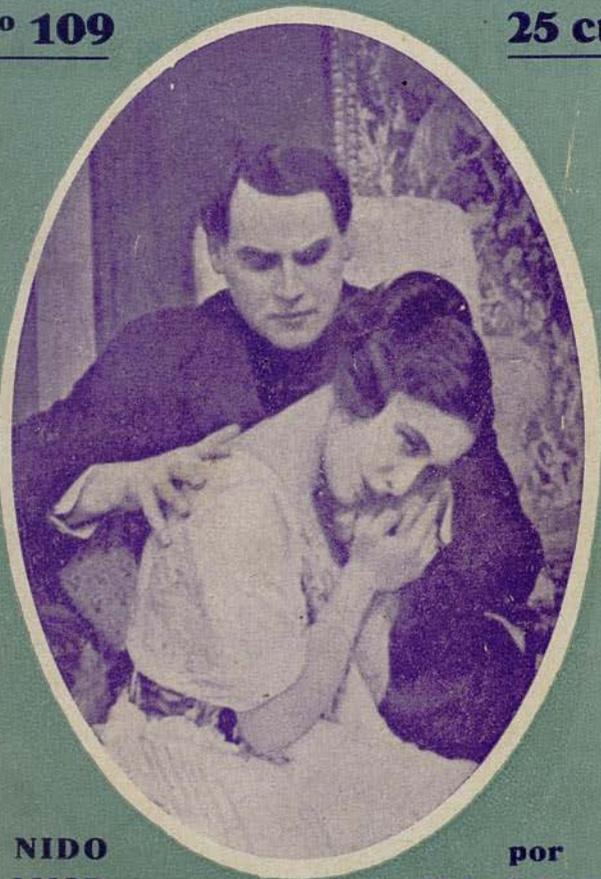
¡NO OLVIDARLO!

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 109

25 cts.



**EL NIDO
DE AMOR**

por
Margit Barnay

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 109

El Nido de Amor

Emocionante cinedrama presentado en
dos intensos capítulos de sentimentalismo

Protagonistas:

MARGIT BARNAY y PAUL WEGENER

Film artístico del Repertorio M. de MIGUEL
(La Aristocracia del Fílm)

Consejo de Ciento, 292.—BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
GERALDINE FARRAR

Argumento de la película de dicho título

A MANERA DE PRÓLOGO

Juan Pulman, heredero de una modesta teniería fundada en apacible pueblo por sus bisabuelos, era un hombre muy sencillo que adoraba la música y cuya más bella ilusión era poder dominar el teclado del piano con sus manazas de curtidor de pieles.

Junto al pueblo, en la gran ciudad vivía aislado un célebre compositor llamado Raúl Molnar, quien se casó, años atrás, con una admiradora suya, la condesa Petrowla, mujer de la alta nobleza rusa, fiel a su alcurnia y a la ostentación.

De la sangre romántica y de la sangre azul, nacieron dos seres: un niño y una niña, Oscar y Margot.

El varón había heredado los dotes musicales de su padre.

La niña, se limitaba a ser el encanto del hogar.

La condesa quería hacer de sus hijos unos nobles que fueran envidia de su mundo, y el padre, contagiado del sueño de grandezas para sus vástagos de la madre, no se oponía a que su esposa los educara en una esfera completamente opuesta a la plebeya.

Juan, el curtidor, visitaba a menudo, en su casa, al músico, para aprender a descifrar el enigma de las notas escritas en el pentágrama, y, en una de las lecciones, aquél le invitó a

asistir a una representación de «Madame Butterfly», en la Opera, aceptando el obrero.

Lina Mariani, la protagonista de la magnífica obra, cautivó con su arte y su belleza el sensible corazón de Juan..... y al día siguiente éste no pudo resistir la tentación de ofrecerle el testimonio de su admiración en el hotel donde



La artista, acostumbrada a ser adorada unos instantes por sus vehementes apasionados, concedió también unos minutos de audiencia al curtidor, benévolutamente,...

se hospedaba.

Le ofreció un delicado ramo de flores... y con sus miradas delatóse a ella...

La artista, acostumbrada a ser adorada unos instantes por sus vehementes apasionados, concedió también unos minutos de audiencia al

curtidor, benévolaemente, mas algo vió en él que no viera nunca en los otros galanteadores...

¡Pero la ilusión se quebró al desenguantar él sus manazas que revelaron su condición de obrero!

Avergonzado, sin poderlo evitar, ante la figurina de *biscuit* que ella era, marchóse Juan de su cuarto del hotel, y, de regreso a su casa, llegó a llorar...

Pero, un suceso inesperado y triste, convirtió al obrero, de la noche a la mañana, en millonario. ¡Su hermano, que emigrara a California, había fallecido y le nombraba heredero universal de su fortuna que ascendía a cuatro millones de dólares y dos minas en explotación!

Sintiéndose poderoso, Juan pensó que el dinero cubriría la fealdad de sus manazas y que éstas ya no podrían ser un obstáculo para llegar a ser dueño de la única mujer que amaba por primera vez en su vida.

Y la siguió a todas partes.

Hasta que, declarándole su ardiente pasión, obtuvo de ella la renuncia a todas sus contratas para ser su esposa.

Y se casaron.

I

Pasaron los años...

Juan Pulman, retirado a su ciudad natal, era un gran señor que había visto logrados todos los sueños terrenales... Era millonario, fué amado, y tenía una hija, Mary, en quien resumía la razón de su existencia.

Pero no todo fueron delicias en su vida. ¡Lina Mariani murió al nacer la pequeña!....

Con motivo del onomástico de Mary, Juan colmó a su hija de obsequios, la servidumbre, de flores, y Oscar Molnar, hijo del compositor Raúl, muerto hacía años, con cuya familia, que le debía muchos favores, se trataba aún el antiguo obrero, no olvidó felicitarla, acompañando sus votos de felicidad, junto con los de su madre, la condesa, y su hermano, de un sencillo «bouquet» de capullos de rosas.

Mary se sentía abiertamente inclinada a Oscar, que parecía quererla, y, menos tímida que él, se decidió, en la fausta ocasión de su fiesta natalicia, a insinuarle que ella podía corresponderle.

—¡Sea amigo mío! ¡A mí no me asusta la pobreza!—le dijo.

Oscar creyó soñar.....

Ella esperaba un arranque del enamorado...

Sus labios tentaban...

Sin embargo, el joven era noble en toda la acepción de la palabra, y supo reprimir los torpes arrebatos de su materia...

Así quedaron las cosas.

El padre de Mary había buscado a su hija una institutriz para perfeccionar su carácter y educación en viajes recreativos y de estudio a la par..... y la víspera de la partida, con la son-



—¡Hagamos un pacto! ¡Las dos somos mujeres! ¡Vamos a divertirnos cuanto podamos con el dinero de papá!

risa en los labios, la «alumna» se hizo dueña de la «maestra severa», atreviéndose, convencida de su victoria, a decirle:

—¡Hagamos un pacto! ¡Las dos somos muje-

res! ¡Vamos a divertirnos cuanto podamos con el dinero de papá!

Y partieron hacia Italia, la poética.

Entretanto, Margot, la hermana de Oscar, sin que lo supiera su orgullosa madre, que no la había educado más que para ser reina, previa inteligencia con su hermano, se marchaba a la ciudad vecina para ofrecerse a cubrir la plaza vacante de directora de baile de la Ópera, siendo aceptada gracias a la recomendación que representaba la memoria de su admirado padre.

Oscar, por su parte, ofrecía sus servicios a Juan Pulman, necesitado de ganarse el sustento, y lo hizo también sin el consentimiento de su madre, cuyo disgusto, al enterarse, fué humillante para su condición de descendiente de ilustrísima estirpe.

—No necesitas trabajar... Mi dinero ocultará vuestra pobreza—le contestó Juan a Oscar.

—Pero mi dignidad—repuso éste—me lleva por otro camino. Deseo un empleo...

Juan aceptó protegerle como él lo deseaba, y le nombró agente contable de su casa.

En Florencia, Mary y su institutriz, se olvidaban de aprovechar el tiempo en instruirse, aquella, e instruir, ésta, para gustar las delicias del carnaval en un lugar donde nadie las conocía...

Fueron a un baile...

Una máscara, atrevida y galante, se ofreció a distraerlas... y no fué rechazada por ellas.

Mientras, en su casa, Juan contemplaba el virginal lecho de su hija, murmurando:

—¡Sé dichosa y santa, hija mía!

*
**

De Italia, la bella, Mary y su institutriz fueron a Suiza, la de los bellos panoramas.



...para gustar las delicias del carnaval en un lugar donde nadie las conocía...

La máscara que conocieron en Florencia era el barón de Stori, quien, enamorado de Mary, la siguió allí asediándola a gusto de ella.

La institutriz... como si no existiera... pero a pesar de que era exageradamente tolerante, el Barón buscaba una ocasión para verse a solas

con Mary, y la casualidad le deparó esta ocasión.

En efecto, la institutriz sufrió un traspies y no pudo acompañar a la pareja a una excursión por los lagos atractivos.

Y, aquella noche, bajo la influencia de las frases del galán y del champaña que el Barón prodigó en su honor, Mary naufragó sin remedio.

En el mismo instante en que el destino consumaba una de sus sentencias, la institutriz leía en un periódico un aviso que la llenó de inquietud. Decía este:

UN HOMBRE PELIGROSO

He aquí la efigie del titulado barón de Stori, famoso timador que, después de dar, con fortuna, varios golpes de mano en Italia, se ha trasladado a Suiza donde es perseguido por la policía.

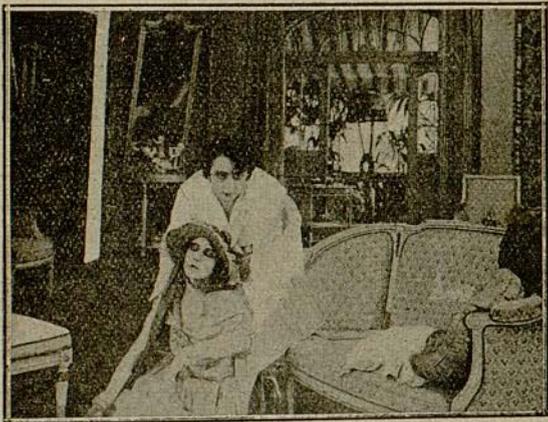
La institutriz presintió entonces lo irremediable... y sus sospechas fueron confirmadas por el regreso, a la mañana siguiente, de la desdichada Mary, sola, con rostro pecador.

No obstante, le dió a leer la noticia del periódico, para comprobar si existía la salvación, y, apenas húbose enterado de ella, Mary cayó, desfallecida, a sus pies.

Una paloma más había sido víctima de su candidez.

*
* *

Inopinadamente, Mary y la institutriz regresaron al hogar paterno.



...y, apenas hubo enterado de ella, Mary cayó, desfallecida, a sus pies.

Juan Pulman, presa de negras dudas por tan inexplicable e inesperado proceder, hizo llamar a la institutriz, tan pronto se enteró por el mayordomo de la vuelta de ellas, y ésta no se hizo esperar.

Al verla, Juan leyó en su rostro la verdad, y

la obligó, con amenazas, a contarle lo ocurrido.

Y lo supo todo.

Su corazón iba a estallar de dolor... pero no se dejó vencer.

Su primer gesto fué el de arrojar como a un perro a la mujer que con su falsa interpretación de su misión de protectora, había consentido en la pérdida del honor de Mary.

La vergüenza de la afrenta no hizo perder la serenidad a Juan, y supo ser padre.

El mal sólo tenía una solución: curarlo... olvidarlo...

Y recibió en sus brazos a la caída... Sin imprecaciones... con compasión dispuesto a ayudarla, dando su propia vida si fuera preciso, a levantarse.

Oscar había olvidado las palabras llenas de esperanza de Mary, pronunciadas algún tiempo atrás, pues su silencio durante su ausencia era una elocuente demostración de su inconstancia.

Precisamente a los pocos días de haber regresado Mary de Suiza, Oscar recibió algunas observaciones desagradables de su jefe contable, y se presentó en el despacho de Juan para disculparse de los errores que en justicia se le imputaban.

Mary se hallaba con su padre, y los dos jóvenes se saludaron.

Juan, enterado de las cuitas del músico, lo tranquilizó... y cambiando una mirada con su hija:

—¡Por tu amor voy a cometer una infamia!— pensó.

Mary supo secundar la idea de su padre, y éste, sorprendiéndola, un día, rodeándole el cuello a Oscar, interpretó el triste papel que le cabía en aquella forzada comedia.

—No temas, Oscar... Habla... Yo adivino en tu silencio algo que quieres decir... Oscar... Tú serás mi heredero... Viviréis en el palacio que compré para mi esposa, aquel Nido de Amor abandonado desde su muerte.

Y el arreglo se concertaba...

*
**

Margot, en la academia de baile, recibió, durante una lección, una carta de su madre, anunciándole el casamiento de Oscar con Mary, e indicándole la necesidad de que fuera a la boda.

Oscar, desde el anuncio de su casamiento con la hija de su principal, ocupó un alto puesto en la manufactura de éste con derecho a la firma y a los beneficios.

El noble joven lejos estaba de sospechar lo que se hacía con él.

Creía verdaderamente en el amor de Mary.

¡El la quería tanto!

Margot, contentísima de que las ilusiones de su hermano se realizasen, tomó el primer tren para reunirse con su familia.

En el mismo vagón viajaba un joven... y nadie más.

El joven... era joven, y podía darle la mano al más pintado en cuestión de confundir a las damas que eran de su gusto exclusivo.

Como Margot era un «caso» excepcional, que superaba en gracia y buen gusto todos los demás «casos», se prometía lanzarse a la aventura en ferrocarril, que resulta muy agradable.

El humo del cigarrillo que él encendió a propósito, fué la base del diálogo.

Se resistió un poco Margot a platicar con el viajero... pero, mujer al fin, hízole la gracia de verla sonreír.

Y se convirtieron en dos buenos compañeros de viaje.

La encopetada madre de Margot, la condesa, esperaba impaciente la llegada de su hija y oteaba las esquinas de la calle a través de los cristales de una ventana.

El viajero acompañó a aquélla hasta frente a su casa y la condesa, al verlos, preparó un agrio reproche para su hija, a quien dijo, así que llegó, sin darle tiempo de abrazarla:

—Hija mía... te comportas muy malamente... Sólo te falta presentarme a tus enamorados...

—Era un galante compañero de viaje, mamá... A los hombres hay que tratarlos para no temerlos.

No dudando de la seriedad de su hija, la condesa la estrechó en sus brazos.

El viajero en cuestión era Alvaro Pulman, un primo del desventurado Juan.

Unos días después se celebró la boda de Mary y Oscar.

El regalo de Juan fué la escritura de dona-

ción del palacio que fué su Nido de Amor en vida de Lina Mariani.

Gratamente sorprendida de ello, Margot volvió a encontrarse frente a frente con Alvaro, y nació un «flirt».

Alvaro, sonriente, dijo a Margot que le imitaba:

— Nos encontramos en un vagón de ferrocarril... como dos novios... Nos volvemos a encontrar en una boda... ¡Nos volvemos a encontrar en la mesa! ¡Sólo falta encontrarnos ante el cura que nos bendiga!

Margot ruborizóse...

Durante el banquete, un invitado leyó las felicitaciones que los novios habían recibido.

El amor no parecía escuchar...

Pero, de pronto, se oyó:

— El barón de Stori se complace en felicitar a la bella señorita de Pulman.

Y, Mary y Juan, se sintieron poseídos de una intranquilidad punzante...

Y se quebró el hilo de oro de la felicidad aparente.

Sin embargo, la careta de la farsa ocultó la mueca de la duda...

Por la noche se hicieron varios festejos en el jardín de la mansión de Juan, mientras los novios se alejaban hacia el Nido de Amor.

Este era una finca de maravilla.

En él, en brazos del amante esposo, Mary olvidó su error y dejábase mecer por la esperanza de una dicha sin límite.

En plena luna de miel de los esposos, Juan, en su despacho, olvidado ya el nombre del ca-

nalla que enturbió su vida, recibió el rudo golpe de su visita.

— Caballero...— presentóse cínicamente el vidor.— Vengo a recordar a usted que yo soy algo en la vida de su hija... Antes de casarla debía haber contado conmigo... Supongo que su hija no ha olvidado mi nombre...



...y dejábase mecer por la esperanza de una dicha sin límite.

Por toda respuesta, Juan le amenazó, fuera de sí, con castigar allí mismo su infamia, y lo arrojó de su casa.

El Barón obedeció con la sonrisa en los labios.

Los esposos, ajenos a este incidente, gozaban de su ventura, presos en su mutua pasión.



Ella esperaba un arranque del enamorado.... Sus labios tentaban....

Pero el pobre padre, fija su exaltada mente en una idea negra que le obsesionaba desde que Stori osó presentarse a él en tono exigente, gritaba en el fondo de su alma afligida:

—¡Canalla! ¡Stori!.. ¡Canalla!.. ¡Matad a su hijo!.. ¡Es hijo del pecado!

¿Qué querían decir esas palabras?

II

Juan Pulman seguía entregado a sus negocios con la actividad de siempre, pero el dolor por la falta de su hija, era una eterna inquietud en su alma.

De un día a otro se esperaba el temido acontecimiento.

¿Qué ocurriría?

Si la culpa se materializara, ¿qué haría el barón de Stori al saberse padre? ¿Reclamaría sus derechos?

¡Oh, qué horroroso era pensar en ello!

Por fin, corrióse el velo del misterio. El telégrafo funcionó desde El Nido de Amor hasta el despacho de Juan para anunciarle que Mary salió bien del crítico trance... y que el fruto no había podido salvarse.

Juan se emocionó hondamente y ocultó su rostro en sus manos para sollozar...

Alvaro Pulman, después de la boda de Mary y Oscar, y ante su próximo enlace con Margot,

a quien lograra vencer en toda la raya, era el secretario de su rico pariente, Juan.

Pocos minutos después de haber recibido la noticia aquella, Juan supo por su primo que aquel día, dentro breves instantes, le correspondía pronunciar su discurso en la Gran Feria de Muestras que a la sazón se celebraba en su ciudad natal.

Juan, dando muestras de abatimiento, se levantó de su sillón para acudir a los «Stands» y Alvaro, haciéndose perfecto cargo de los terribles momentos que vivía su primo pensando en Mary, le ofreció el apoyo de sus brazos y le alentó:

—¡Animol!.. ¡No pasará nada malo!

Juan se asió a esta esperanza.

—¡Quiéralo Dios!—murmuró.

Entretanto, Oscar esperaba ansiosamente en un saloncito el fallo de la ciencia.

—Ella vivirá...—le aseguró el médico.

Y Oscar respiró en su inmensa pena...

La comisión de grandes industriales esperaba en la Feria de Muestras a su presidente Pulman.

Todos notaron las evidentes señales de preocupación que reflejaba el semblante de Juan, y se hizo el silencio más sublime cuando él comenzó su discurso glosando la riqueza del país.

Junto a él se veían dos sillas vacías que correspondían a los nombres que llevaba en su corazón.

Mary estaba salvada, pero otra inquietud mataba su alegría.

¿Qué sospechas tendría Oscar acerca del adelanto del sublime instante?

¿Vería en ello algo más que un capricho de la naturaleza?

Lejos de donde se hallaba su cuerpo se hallaba su espíritu, y la emoción ahogó sus palabras.

De regreso a su casa en su propio auto, solo, Juan encontró, con la consiguiente estupefacción, en ella, a Ivette Deschamps, la ex institutriz de Mary.

Esta mujer, aventurera por instinto y necesidad, deseaba vender caro el secreto de la vida de la joven que ella ayudó a caer.

—¿Qué quieres de mí, miserable?—díjole, cólerico, Juan.

Segura de tener ella ventaja sobre el padre de la desventurada, Ivette le habló sin embajes:

—Siendo usted tan buen negociante, vengo a proponerle un negocio.

Juan, acometido de impulsos de castigar a la maldad humana, luchaba con fiereza para combatir su desesperación que le aconsejaba las peores acciones.

—¿Qué negocio es el tuyo?—contestóle, ocultando su tono agresivo para que ella hablase.

—Tengo en mis manos la felicidad de su hija... Eso vale mucho dinero.

—¿Y te atreves, monstruo abominable, a gozarte, como los cuervos, con tu víctima? ¡Eres una infame!

—¡Oh, no me asustan sus bravatas! Seréne-se, Juan Pulman. La vida se hizo para todos... La riqueza, la miseria, los pecados, para todos también. Según la suerte, uno se queda misera-

ble o se gana los millones a manos llenas. De modo que mis palabras sólo tienen una respuesta... ¿Cuánto ofrece por mi silencio?

—¡Yo! ¡Yo darte dinero para que calles tu vileza! ¿Pero pensabas que ibas a reírte de mí?

—Suélteme... Suélteme ya...

—¡Si te estrujaría hasta oír tu último suspiro, mala mujer!... ¡Sal de mi casa, a la que trajiste la deshonra y la falsedad!

—Bien... Me voy... Mas ya nos veremos, Juan Pulman.

El peso de la adversidad amenazaba hundir la gallarda figura de un vencedor de la vida.

Casi agotadas sus fuerzas, Juan gritó con rabia y desconsuelo:

—¡Maldita sociedad, que me obligaste a mentir para salvar mi nombre! ¡Maldita sea la comedia de mi vida!

Indignada con Juan, de quien ansiaba vengarse, Ivette fué a verter su veneno en el corazón de Oscar.

—Caballero... Sé que os voy a causar un dolor, pero vale más la claridad de la verdad que la falsedad del engaño.

—Hablad, señora, sin temor... Decidme lo que sea...

—Usted, en esta casa, no es más que un hombre comprado.

—¡¡Cómo!!

—¡Esperad!... Mary Pulman, mi compañera de viaje por tierras de Italia, era una coquetuela amiga de divertirse... En Suiza *conoció* al barón de Stori, un tímido que no perdió el tiempo con ella... Para ocultar su pecado, buscaron a usted, cuyo amor hacia ella ponía una

nube en sus ojos... Fué usted el monigote que tiene disponible un nombre sin mancha.

Oscar quedó sin sangre... no pudo llorar... la emoción era demasiado fuerte y dominaba todas sus fibras encartonándolas... Su cerebro estaba vacío... Estaba como muerto...

Juan Pulman, que llegaba al Nido de Amor cuando Ivette había cumplido su venganza contra él, se abstuvo de ahogar con sus manos a la aventurera sin alma, para evitar mayor escándalo, y se apresuró, compartiendo la pesadumbre de Oscar, a sincerarse con él.

—¿Por qué han echado sobre mí tanta deshonra? ¡Han jugado conmigo como un chiquillo, como un esclavo!—lamentóse Oscar.

—Sí, hijo mío, sí; he procedido mal contigo... pero era mi hija, mi vida... Tú la querías... y ella también. Pensé que tu bondad aliviaría sus sufrimientos... que nadie más que tú comprendería, llegado el caso de apelar a la reflexión, que si una niña inocente pecó sin querer, no merece que todos la desprecien para obligarla a seguir pecando.

—No, no, don Juan; yo debía saberlo todo antes... He sido, en efecto, ignominiosamente comprado... Todos estaban enterados menos la víctima... ¡Qué vergüenza!

—Hijo mío, el secreto sólo debe reducirse a nuestra limitada familia... No temas... Yo sabré amordazar a los miserables de fuera... Por tí y por mi hija, yo lo sacrificaría todo... Pero, por la felicidad de toda una familia, perdónanos, Oscar, olvida nuestro silencio culpable reconociendo que tuvimos confianza en tí para depositar nuestra vida en tus manos... Quédate,

Oscar... Haz que Mary no se nos muera de dolor...

—¡No, no puedo! ¡Nunca! ¡Sois todos unos miserables!... ¡Y mi madre ha comido el pan de mi ventral! ¡Qué monstruosidad habíamos comido para llegar a tal humillación!

—Piedad, hijo mío... Repara en que un viejo que pierde por momentos sus fuerzas, te implora clemencia... Analiza el fondo de la culpa y el valor de tu perdón.

—¡No! No quiero saber más del mundo. Nunca más han de verme... Renuncio a mis derechos con tanta vileza adquiridos.

—¡Oscar!

—¡Es inútil! ¡Apartaos! ¡Paso a un hombre decente! ¡¡Paso!!

Y huyó.

Y Juan, agotado, cayó brutalmente sobre un sillón.

Oscar fué a vivir en una isla del caudaloso río que bañaba el palacio del Nido de Amor.

La música era el único consuelo del solitario.

Los acordes sentimentales que arrancaba del órgano estaban preñados de anhelos de amor.

¿Acaso, en su recogimiento, se inclinaba su alma, pura y noble, a perdonar?

Un día...

—Por encima de su orgullo de raza está la felicidad de mi hija—dijo Juan a la condesa Petrowla—. Vos debiérais ayudarme a reconciliarlos.

—Comprendo su dolor, don Juan, y disculpo sus palabras... Yo iré a buscar a mi hijo para que olvide y se restituya a su hogar.

—Confío en vos... y sabré agradeceréoslo...
Aquella noche se oyeron los ecos de la voz
maternal en la isla.

—Vuelve a tu casa y perdona, Oscar.... Pe-
cado de engaño fué el suyo.... No pecado de
amor.

—No prosigas madre mía.... Tú me enseñaste
a respetar el nombre de mi padre.

—¡Perdónala, hijo!... ¡Fué engañada!... ¡Pero
te quiere!... ¡Es una mujer vengida!

—¡Nunca!... ¡El perdón sólo llega con la
muerte!



Quando Mary se enteró de los graves acontecimientos—fuera ya del cuidado en que le puso la maternidad frustrada—planióse a su padre:

—¡Estoy perdida para siempre!

—¡Aun no, hija adorada! ¡Mis brazos jamás
flaquearán para defenderte!

—Padre mío... Yo le quería.... Más que mi so-
ledad me duele su desprecio.

—No desesperes.... Yo creo en que hay justi-
cia para todo....

Pasó el tiempo. Oscar Molnar, terminada una
composición religiosa, fué a someter su obra a
un cercano monasterio, donde vivía el monje
Osward, músico eminente.

—Perdonad a este aprendiz que venga a mo-

lestaros—le dijo—. En mi soledad he escrito
esta música... Os pido que la escuchéis y me
aconsejéis.

—Con mucho gusto—accedió aquél.

Y Oscar lloró en el órgano.

Una noche, Mary se resolvió a ir al encuen-
tro del hombre amado y le suplicó que volviera
a ella.

Oscar rechazó sus tentadoras caricias, y la
esposa desdeñada comprendió que nunca su
nombre sería pronunciado por él, y que nada
valía su belleza para hacer latir su corazón...

Y, al alejarse pensativa de la isla, pensó que
otros amores podrían encender al que tanto la
despreciaba con la angustia de los celos.

Pasaron unos meses... Los aduladores y el
espejo confidente decían a Mary que no debía
encerrar su belleza en el secreto del dolor.

En tanto, el hombre de honor encontraba
placeres para su espíritu en las delicias de su
composición, causando la admiración del mon-
je Oswald.

Los adoradores de la belleza acudían al pa-
lacio de Mary donde creían encontrar una mu-
jer fácil.

Ella sonreía, sonreía, pero su melancolía la
obligaba a pensar en el que consideraba per-
dido para siempre.

Un día, en el despacho de Pulman, Alvaro,
que como los demás parientes no conocía con-
cretamente el secreto de Mary, extrañóse al ver
apuntadas en el debe de una cuenta misteriosa,
a nombre del barón de Stori, ciertas entregas
importantes de metálico.

Intrigado, Alvaro se dijo:

—¡Qué cuentas tiene mi primo con el famoso estafador!

El ignoraba que era el valor del silencio de un malvado.

El monje Oswald adivinó el motivo de la tristeza de Oscar, al ver encima de una mesa de la casita de la isla una fotografía de mujer.

Y le preguntó:

—¿Qué imagen es esta?... ¡Nunca la ví en el santoral!

Oscar no osó mirarle a la cara, y su mutismo confirmó las sospechas del músico.

—¡Pobre hombre!... ¡En tu vida hay engaño de mujer!

Oscar, necesitando confidenciarse con alguien que le comprendiese, hizo brotar de su pecho palpitante la historia de sus desgraciados amores...

El monje, al terminar Oscar su confesión, llamó a la puerta de su corazón:

—¡Dios nos obliga a perdonar! ¡El perdón vuelve la paz a la vida!

Oscar meditó estas palabras y sufría...

El monje, camino del monasterio, vió a Mary, en quien reconoció a la mujer de la fotografía que tenía en su casa. Oscar, la llamó, y la sorprendió con estas palabras:

—Vuestro Oscar no puede vivir sin vuestro recuerdo.

—¿Vos sabéis?... Gracias, señor...

—Acudid al templo en la próxima fiesta y os convencerán los ecos de su música en los que flota el recuerdo de un amor.

—... Iré... Iré...

*
*
*

El barón de Stori, después de haber cumplido una condena en un país lejano, volvió a ser un caballero entre los caballeros de industria.

Con nuevas amenazas obtuvo nuevas sumas de Juan con la condición indispensable de no cruzarse ni en sombra siquiera en la vida de su hija.

En el juego y los vicios gastaba todo su dinero el Barón y muchas fueron las veces que el millonario Juan tuvo que extender con urgencia cheques fabulosos para cerrar la viperina boca del infame.

Al hacer el saldo de fin de año en las Manufacturas Pulman, Alvaro presentó a su primo el extracto de la cuenta del barón de Stori y le pidió una explicación de la misma como jefe contable de la casa.

—Es una cuenta sin saldo... pero que se debe acabar—contestó Juan.

Alvaro se permitió esta observación, hija de una inquietud que le dominaba:

—La casa Pulman no puede tener tratos con ese miserable.

—¡Esto es cuenta mía, Alvaro!... ¡Yo sabré saldar mi deuda! No hay más que hablar.

Poco después, Juan rehusaba volver a la vida activa de antes para vivir solo con sus penas.

Pero el barón de Stori vivía aún y mientras

así fuera no podría haber tranquilidad posible para el atormentado viejo.

En efecto, falto de recursos, aquél lo visitó en su propia casa, anunciándose como un perfecto caballero, y le habló así:

—¡Vengo en plan de paz! ¡Yo sé olvidar las injurias!

—Hable... mas procure ser breve.

—¡No vengo a pedir dinero!... ¡Vengo a ofrecer la felicidad de todos!

—¿Se burla usted de mí?

—No, al contrario... ¡Creo que deberíamos ser aliados en vez de mirarnos como enemigos!

—¡Acabel!

—¿Por qué no trata usted de divorciar a su hija de ese majadero que la abandona?... Una vez libre podría casarse conmigo...

—¿Se atreve usted a pedirme tal cosa? ¡Pero se figura usted, canalla, que yo no soy capaz de matarle como a un perro para vengarme de cuanto me ha hecho usted sufrir? ¡Váyase ahora mismo, para siempre! ¡Váyase o no respondo, repito, de mí! ¡Vea que ya no puedo soportarle más! ¡Fuera!

—¿De verdad quiere usted que yo me vaya?

—¡Vive Dios!...

—No hay por qué acalorarse. Me marcho... Medite... Piense... Le concedo 24 horitas para reflexionar... Se trata de la felicidad de todos. Mañana, en el parque, espero su contestación... En esta casa yo sólo volveré a entrar como hijo y heredero.

—¡Antes muerto mil veces!

Partió, sonriente, el barón, y Juan, atenaza-

do por aquel bribón, se decidió, para conocer la opinión de su hija, avergonzado de su propia vileza, a transmitirle la proposición de aquél.

—¡Nunca, padre mío!—respondió ella.

Al día siguiente, Juan acudió a la cita del Barón, quien ya le esperaba.



—...¡Váyase ahora mismo para siempre! ¡Vea que ya no puedo soportarle más! ¡Fuera!

—Ya sabía yo que vendría. ¿Qué respuesta me trae?

—Hela aquí...

Y le disparó un revólver que nerviosamente empuñaba.

En el parque se oyó una detonación y un

auto, en el que iba el autor de la misma, huyó a toda velocidad.

En la delegación de policía se recibió, poco después del suceso, esta nota:

Señor Delegado de policía:

Yo soy el autor de la muerte del barón de Stori

Juan Pulman.

Inmediatamente se dieron órdenes para efectuar la detención del que se confesaba culpable del asesinato, y el propio delegado se personó en la casa de éste en el preciso instante en que, una vez arreglados sus papeles, iba a suicidarse. Al oír llegar a alguien hacia la habitación donde él estaba, Juan ocultó el revólver con que quería darse muerte y se dispuso a oír al delegado.

—Caballero, usted se ha confesado autor de un crimen que no existe... El barón de Stori vive y ni «muerto» quiere nada con la policía.

—¡No es posible, señor delegado!

—Ese hombre, que tiene cuentas recientes que liquidar con la justicia, nos ha enviado una carta... Dice que no quiere ir a curar su herida a la cárcel... que fingió la muerte para evitar el ser asesinado. De modo, que queda usted en libertad.

Juan, recobrando perdidas esperanzas, murmuró:

—¡Mary, Mary, ese hombre no volverá nunca a molestarnos. Al enseñarle mis dientes le vencí... Ahora sabe que no me importaría mi vida si a cambio de ella tuviera yo la suya...

Llegó el día en que bajo las naves del sa-

grado templo resonarían los ecos sublimes de la música sacra.

Oscar, emocionado, dirigió la orquesta de los monjes.

Y, el artista, dió felicidad al amator desventurado.

La melodía llegó a un corazón.

Y el arrepentimiento purificó un alma.

¡Pobre Mary!

Terminado el oficio, la redimida quedó sola en el templo y esperó, en la puerta de salida, la aparición de Oscar.

Este iba con el monje Oswald.

Al oírle, Mary se le acercó y mendigó, cual un pobre la caridad de las buenas almas, el amor del esposo.

Oscar vaciló... e iba a rechazarla una vez más...

Pero el santo varón, poseedor del secreto, intervino seguro de que sus corazones se buscaban...

—¡Sea la gracia de Dios para todos los pecadores!

Oscar, al fin, olvidó...

Y, el templo santificó un amor.

♦♦

Renació la dicha.

Juan Pulman, aunque envejecido prematuramente, se sentía aún con energías para seguir defendiendo la felicidad de su hija contra todos, y volvió la sonrisa a sus labios.

Margot se casaría dentro de poco tiempo con Alvaro.

Y jamás en el cielo veríase una nube gris. Siempre sería azul, muy azul para los enamorados.

Así debía ser.

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

La original comedia dramática:

LA VENGANZA DE UNA HERMOSA

Por la genial y simpatiquísima

ARLETTE MARCHAL

POSTAL-FOTOGRAFÍA:

GARET HUGHES

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles. Precio 25 céntimos.
